[aula abierta]

aula abierta 18
Sección del Suplemento Cultural **Tres Mil** en apoyo a los programas de Lenguaje y Literatura de Educación Media del Ministerio de Educación
| Diario Co Latino |
| sábado 6 de junio de 2009 |
Responsable: Vladimir Baiza

Primer Año de Bachillerato

El Renacimiento: Petrarca y Boccaccio. El Decamerón.

EDGAR ALFARO CHAVERRI

Dante Alighieri fue el último escritor de la Edad Media y el primero del Renacimiento, eso es innegable, mas ahora presentaremos fragmentos de la obra de otros dos ilustres escritores italianos: Francisco Petrarca y Giovanni Boccaccio. Otros dos monstruos de la Literatura Universal.

Francisco Petrarca
(1304-1374)

Nació en Arezzo de Toscana. Murió en Arqua. Al igual que Dante tuvo una excelente educación. Viajó por toda Europa. Al final de su vida fue coronado poeta en el Capitolio de Roma.

Su padre quiso convertirlo en abogado, y por tal motivo le hizo estudiar profundamente la obra de Marco Tulio Cicerón. Esto sólo sirvió para despertar en el joven el deseo de ser un escritor tan grande como Cicerón, Virgilio, Horacio o los demás maestros de la antigüedad.

A propósito de ello escribió, siendo ya un autor consagrado: *"Quisiera haber nacido en otro tiempo; el actual intento olvidarlo completamente y vivo con el espíritu en medio de los antiguos"*.

Escribió varias obras de poesía, dando preponderancia al tema del amor.

Su obra

La obra cumbre de Petrarca es *Rimas*, serie de sonetos y de poemas líricos en que celebra la belleza de su amada Laura, a quien convirtió en personaje inmortal, aunque al igual que Dante, nunca realizó su amor hacia ella.

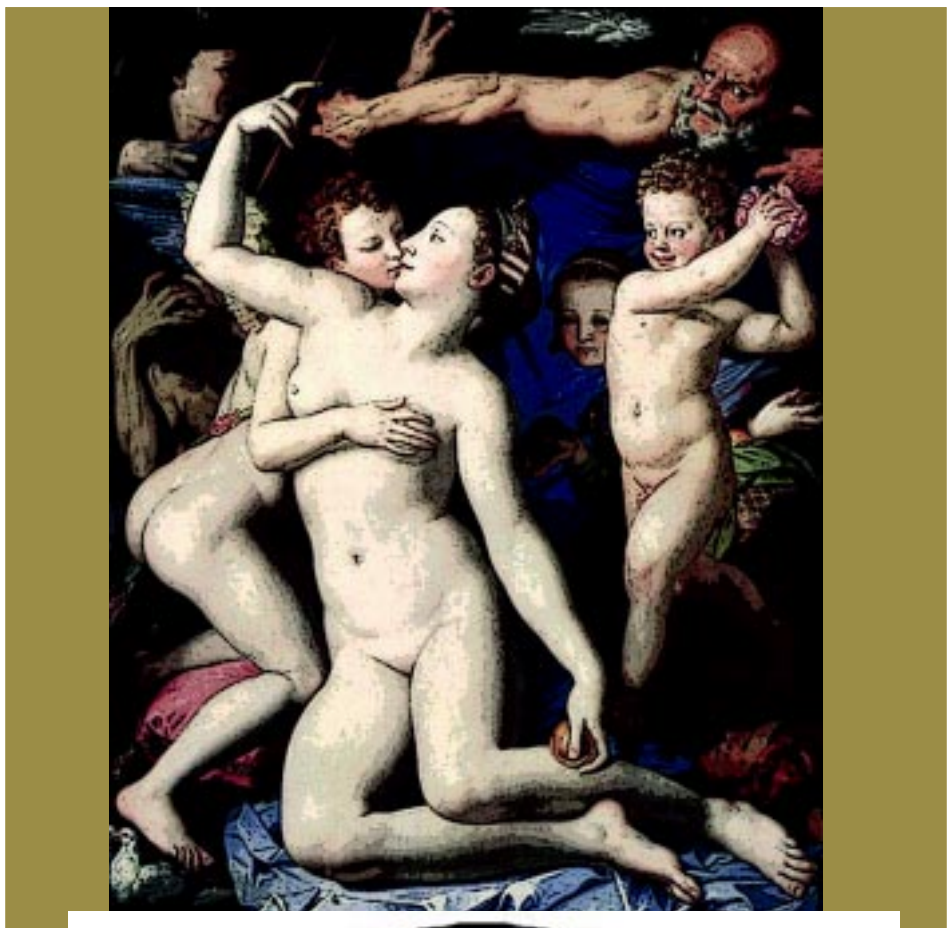
Intentó un poema de mayor extensión y elevación: *Los Triunfos*; pero según la crítica malogró en él su capacidad.

Se trata de una alegoría en que el autor presenta, primeramente, el triunfo del amor, luego en forma sucesiva, el triunfo de la castidad sobre el amor, de la muerte sobre la castidad, de la fama sobre la muerte, del tiempo sobre la fama y de la eternidad sobre el tiempo.

La sola temática de estas obras refleja la influencia de las alegorías cristianas de la edad media, que llevaron tanto a Dante como a Petrarca, a escribir en forma simbólica y con intenciones en gran parte religioso-morales.

Otras obras suyas de menor importancia fueron: *África*, sobre la segunda guerra púnica de los romanos. *Secreto*, especie de confesiones-autográficas en que relata sus profundos conflictos y crisis interiores. *Cancionero*, colección de 36 poemas o canciones en que reúne varias de sus producciones líricas de un período de más o menos 30 años. Muchas de estas composiciones están dedicadas a Laura.

A continuación algunos poemas de Petrarca.



Bendito sea el año

Bendito sea el año, el punto, el día,
la estación, el lugar, el mes, la hora
y el país en el cual su encantadora
mirada encadenóse al alma mía.

Bendita la dulcísima porfía
de entregarme a ese amor que en mi alma mora,
y el arco y las saetas de que ahora
las llagas siento abiertas todavía.

Benditas las palabras con que canto
el nombre de mi amada; y mi tormento,
mis ansias, mis suspiros y mi llanto.

Y benditos mis versos y mi arte,
pues la ensalzan y, en fin, mi pensamiento,
puesto que Ella tan sólo lo comparte.

Siempre amé y amo aún

Siempre amé y amo aún;
y desde ahora
amar espero más de día en día
aquel dulce lugar donde me guía
el triste amor que en mi alma se atesora.

Y en amor estoy siempre
en tiempo y hora
en que olvidé cuanto cuidado
había
terrenal, y amaré más todavía
aquella cuya imagen
me enamora.

Mas, ¿quién pudiera haber jamás creído
que el tiempo en amargura
me volviera
memorias a quien yo tanto
he querido?

¡Oh, amor! ¡Cómo has postrado mi alma fiera!
A no estar de esperanzas
mantenido,
do anhelo más vivir, muerta
cayera.

Giovanni Boccaccio
(1313-1375)

Nació en París, aunque pronto fue llevado a Italia, donde transcurrió la mayor parte de su vida. Murió en Certaldo. Fue hijo de un florentino y de una francesa.

Su familia quiso convertirlo en comerciante, como eran ellos, pero rehuyó tales actividades para dedicarse a la Literatura. En el encuentro de esta vocación influyó mucho su estancia en Nápoles cerca de la corte de Roberto Anjou, pues el ambiente alegre y culto de ese lugar favoreció

su vocación de cuentista ingenioso y picaresco.

En Nápoles se enamoró de una joven llamada María, a quien después en sus obras convierte en *"Fiammeta"*, que significa *"llamita"*. A diferencia de lo ocurrido a sus antecesores, Boccaccio sí realizó su amor con esta joven, la cual, sin embargo, lo abandonó posteriormente dejándolo sumido en la desesperación.

Llevó una vida un tanto libertina. Fue muy amigo de Petrarca y uno de los primeros biógrafos y difusores de la obra de Dante. Fue también diplomático: desempeñó algunas embajadas por parte de la República de Florencia.

Su obra

Escribió, como Petrarca, una colección de 126 poemas llamados *Rimas*. La mayoría de tales composiciones son sonetos, mezcla de galanterías y de desahogos literarios, al estilo de Petrarca.

Publicó en el mejor momento de sus amores con María, una novela: *Filócolo*, sobre sus episodios de tipo amoroso.

Más tarde, motivado por la decepción de su amor a María, escribió dos extensos poemas: *Filóstrato* y *La Teseida*, ambas de influencia mitológica griega.

En un relato breve en prosa, *Elegía di Madonna Fiammeta*, relata la historia sentimental de sus amores con María, con la particularidad de que en esta narración ocurre al revés que en la realidad: Fiammeta, que es quien habla como narradora y protagonista, se queja del abandono en que la ha dejado su amante, Pánfilo (evidente alusión a Boccaccio).

Su mejor obra poética es *Ninfale fiesolano*, escrito en octavas, en que describe los amores del pastor Africo con la ninfa Ménsola. Es una obra de inspiración mitológica, en la que logra abandonar lo biográfico.

La obra cumbre de Boccaccio, por la cual obtiene fama universal y se convierte en autor imitado y seguido por muchos otros de tiempos posteriores, es *El Decamerón*.

Ya viejo, motivado nuevamente por un fracaso amoroso con una viuda, escribe un agrio tratado en prosa en contra de las mujeres. *El Corbaccio*, también conocido con el nombre de *Laberinto de Amor*. En él clasifica los vicios y maldades de las mujeres, con crudo realismo, aunque también con ingenio y picardía.

El Decamerón marca el triunfo de la literatura profana sobre la literatura religiosa, ascética y mística de la Edad media, así como sobre la literatura de fantasía heroica caballeresca. Presenta una visión realista acerca del mundo y de los afectos humanos. Es la Comedia humana frente a la Comedia divina de Dante. En Boccaccio, todo vuelve a estar dentro del orden natural: es decir, no es Dios, ni el destino, lo que gobierna al mundo, sino la naturaleza. Por eso se le considera el principal antecedente de la literatura moderna.

El Decamerón se inicia narrando la sana reacción vital de un grupo de jóvenes burgueses en contra de la peste que en 1348 sembró la muerte en Florencia, y que, según el espíritu de la Edad Media, debía haber acrecentado la religiosidad y el temor por el más allá. Esos jóvenes, huyendo de la ciudad y combatiendo a la vez el temor a la muerte, se refugian en un lugar ameno y buscan su propia alegría. Por turno cada uno narra 10 cuentos, hasta completar 100, ya que eran siete mujeres y tres hombres quienes se habían congregado. Cada narrador desarrolla diversas situaciones de la vida real: lo trágico, lo grotesco, lo noble, lo vulgar, lo virtuoso, lo obsceno. Estos cuentos reflejan el mundo del autor tal como era, con gracia y estilo sobresalientes.

El Decamerón causó escándalo en su época, por los cuentos picarescos, de tema sexual, que contiene, los cuales han sido reproducidos y llevados al teatro o más actualmente al cine, y han gozado de la predilección de los siglos posteriores. Pero su valor literario no radica en los temas, sino en la gracia, en el ingenio, en la maestría del lenguaje, en su visión realista de la vida y en su hondo sentido humano.

A continuación, algunos fragmentos de la "escandalosa" obra: *El Decamerón* o *Príncipe Galeoto*:

****

Jornada Tercera

Bajo el gobierno de Neifile, sobre quien haya conquistado con ingenio algo muy deseado o haya recobrado algo perdido.

Novela Primera

Masetto de Lamporecchio se finge mudo y entra como hortelano en un monasterio de mujeres, que rivalizan en acostarse con él.

"...Hay en nuestro país un convento de monjas muy alabado por su santidad, que no diré cuál es para no hacer que pierda fama. No hace mucho vivían allí ocho mujeres y la abadesa, todas jóvenes, y un hortelano que cuidaba el jardín. Este, no satisfecho de su salario, les pidió la cuenta y regresó a su pueblo, que era Lamporecchio. Había allí un labrador joven, fuerte y robusto, llamado Masetto, que quiso enterarse del trabajo de éste convento.

-Yo trabajaba en un jardín hermoso y grande -dijo el otro-; iba a buscar leña al bosque, traía agua y hacía otros trabajos parecidos, pero ganaba tan poco que me alcanzaba apenas para calzas. Además las monjas son jóvenes, parece que tienen el diablo en el cuerpo, y nada se hace a su gusto. Se pasan el día diciendo: "Pon aquí esto", y, "Pon aquí aquéllo", y luego: "Eso no está bien". Yo estaba cansado, y me marché. Su administrador me pidió que si conocía alguien del oficio, se lo mandase. Pero no pienso mandarle a nadie.

Masetto, al oír esto, quiso el trabajo para cumplir allí sus deseos. Pero por precaución, le dijo a su amigo:

-Has hecho bien en venir. ¿Qué hace un hombre entre mujeres? Mejor sería vivir con diablos, porque ellas seis veces de cada siete no saben lo que quieren.

Después de tales razonamientos, Masetto preparó la manera de presentarse en el convento. Sabía el oficio de su amigo Nuto, pero temía que no le recibieran al verle joven y apuesto. Y así pensó: *"El lugar está lejos, y nadie me conoce. Fingiré ser mudo, y me recibirán"*.

Se presentó como un pobre hombre al convento, encontró al administrador y como pudo, por señas, le pidió limosna, ofreciéndose para cortar leña. Este le dio comida y luego le enseñó unos troncos, que Nuto no había podido cortar, haciéndolo él en un momento. Después le llevó al bosque para que le cortara más leña; seguidamente se la hizo poner sobre un asno y le mandó con el animal al convento. Lo tuvo unos días más con él, para que le ayudara a terminar algunas faenas. La abadesa lo vio y le preguntó quien era.

-Un pobre sordomudo, señora -dijo el administrador-; me pidió y yo le he encargado algunas tareas. Si conociera el trabajo del huerto podría quedarse, creo que nos iría bien, pues es muy fuerte. Además, no habría peligro de que hablara con vuestras monjas.

La abadesa asintió y dijo:

Tienes razón; procura convencerle. Regálale unos zapatos y un vestido viejo, y dale bien de comer.

El hombre prometió hacerlo. Masetto lo había oído todo, díjose para sí: *"Os labraré el huerto como nadie lo ha hecho nunca"*.

La pasiones, humanas al fin.

Maseto en el convento

El administrador estaba contento de la manera con que trabajaba Masetto, y le preguntó por señas si quería quedarse allí. Le respondió éste afirmativamente, y le fue asignada la tarea de cuidar el huerto, junto con otras obligaciones.

Al cabo de unos días de trabajar allí, las monjas empezaron a molestarle, y como creían que era mudo, le decían muchas palabras injuriosas. Un día en que había trabajado mucho, y estaba descansando, dos monjas, creyendo que estaba dormido, decían:

-Si no dijeras nada, te confiaría un pensamiento que he tenido algunas veces; tú también te podrías aprovechar.

La otra declaró:-Dímelo, que no hablaré.

-No sé si has pensado lo sobriamente que vivimos -dijo la atrevida-, ya que aquí no puede entrar ningún hombre, excepto el mayordomo, por viejo, y éste, por mudo. Yo he oído decir que el placer mayor es el de hombre y mujer. Y he pensado que, ya que no puedo con otros, podría ensayarme con el mudo, y además sería lo más prudente, porque no diría nada. ¿Qué opinas?

-¡Qué dices! -dijo la otra-. ¡Hemos prometido a Dios nuestra virginidad!

-¡Y cuántas cosas que no se cumplen se le prometen día a día! -repuso la primera.

-¿Y si quedáramos embarazadas? -inquirió la más prudente.

Y su amiga contestó: -Piensas en el mal antes de que llegue. Cuando ocurra, pensaremos algo. Encontraremos mil soluciones, si nadie se entera.

La otra, al oír esto, sintió más deseos que la primera de probar qué clase de animal era el hombre.

-¿Cómo lo haremos? -dijo.

-Ahora es la hora nona, y todas las monjas deben de estar durmiendo. Asegurémonos de que no hay nadie en el huerto y entonces, ¿qué hemos de hacer, sino echar mano a ese, y llevarlo a la cabaña junto al manantial? Mientras una esté con él, que la otra vigile. Como se trata de un necio, hará todo lo que queramos.

Masetto se enteraba de todo, y estaba presto a obedecer. Cuando ellas hubieron comprobado y examinado todo, la más atrevida se dirigió a Masetto y le despertó con obras lisonjeras, le tomó la mano y él se reía neciamente. Lo llevó a la cabaña, donde Masetto, sin hacerse rogar, cumplió lo que ella quería. La monja, como buena compañera, llamó luego a la otra, a quien Masetto también cumplimentó. Antes de marcharse, volvieron a probar al mudo, y las dos coincidieron en que era lo más dulce que existía. A partir de entonces planeaban horas adecuadas para ir a retozar con el hortelano.

Un día, una monja las vio desde su ventanita de la celda, y se lo enseñó a dos compañeras. Decidieron ir por la abadesa, pero pronto cambiaron de opinión y fueron a participar de Masetto, a quien por otros incidentes habían ido también a dar en él.

Por último, la abadesa, ignorante de lo que ocurría, se paseaba por el jardín un día de mucho calor, cuando encontró a Masetto, quien, dada la mucha fatiga de cabalgar por la noche, estaba tendido bajo la sombra de un árbol. El viento había levantado sus ropas y estaba todo descubierto; tentación que sufrió la abadesa, como sus monjitas. Le condujo a su cámara y allí le tuvo varios días, con gran desconsuelo de sus monjas, al ver que él no salía a labrarles el huerto. La abadesa , en cambio, probaba la dulzura que reprobaba ante las demás

Por último, mandándole de su alcoba a la habitación de él y requiriéndole con mucha frecuencia y queriendo de él más de una parte, no pudiendo Masetto satisfacer a tantas, pensó que de su mudez si duraba más podría venirle gran daño; y por ello una noche, estando con la abadesa, roto el frenillo, empezó a decir:

-Señora, he oído que un gallo basta a diez gallinas, pero que diez hombres pueden mal y con trabajo satisfacer a una mujer, y yo que tengo que servir a nueve; en lo que por nada del mundo podré aguantarlo, pues que he venido a tal, por lo que hasta ahora he hecho, que no puedo hacer ni poco ni mucho; y por ello, o me dejáis irme con Dios o le encontráis un arreglo a esto.

La señora, oyendo hablar a este a quien tenía por mudo, toda se pasmó, y dijo: -¿Qué es esto? Creía que eras mudo.

-Señora -dijo Masetto-, sí lo era pero no de nacimiento, sino por una enfermedad que me quitó el habla, y por primera vez esta noche siento que me ha sido restituida, por lo que alabo a Dios cuanto puedo.

La señora lo creyó y le preguntó qué quería decir aquello de que a nueve tenía que servir. Masetto le dijo lo que pasaba, lo que oyendo la abadesa, se dio cuenta de que no había monja que no fuese mucho más sabia que ella; por lo que, como discreta, sin dejar irse a Masetto, se dispuso a llegar con sus monjas a un entendimiento en estos asuntos, para que por Masetto no fuese vituperado el monasterio.

Y habiendo por aquellos días muerto el mayordomo, de común acuerdo, haciéndose manifiesto en todas lo que a espaldas de todas se había estado haciendo, con placer de Masetto hicieron de manera que las gentes de los alrededores creyeran que por sus oraciones y por los méritos del santo a quien estaba dedicado el monasterio, a Masetto, que había sido mudo largo tiempo, le había sido restituida el habla, y le hicieron mayordomo; y de tal modo se repartieron sus trabajos que pudo soportarlos. Y en ellos bastantes monaguillos engendró pero con tal discreción se procedió en esto que nada llegó a saberse hasta después de la muerte de la abadesa, estando ya Masetto viejo y deseoso de volver rico a su casa; lo que, cuando se supo, fácilmente lo consiguió.

Así, pues, Masetto, viejo, padre y rico, sin tener el trabajo de alimentar a sus hijos ni pagar sus gastos, por su astucia habiendo sabido bien proveer a su juventud, al lugar de donde había salido con una segur al hombro, volvió, afirmando que así trataba Cristo a quien le ponía los cuernos sobre la guirnalda.".

****

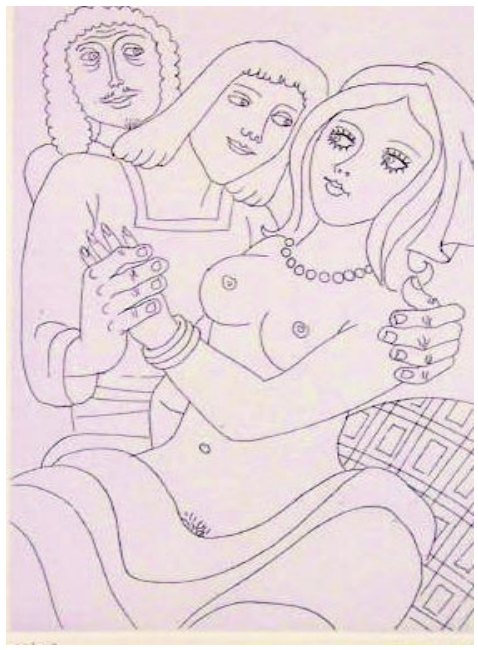
Jornada Tercera

Novela Décima

Alibech se hace ermitaña y el monje Rústico le enseña a meter el diablo en el Infierno; llevada después de allí, se convierte en la esposa de Neerbale.

"...En la ciudad de Capsa, en Berbería, hubo un hombre muy rico, el cual, además de varios lujos, poseía una hija bella y agradable, cuyo nombre era Alibech. Ella no era cristiana, y viendo gran número de cristianos alabar su fe y servir a dios, un día preguntó a uno cuál era la manera más adecuada de servir a Dios. Este le respondió que estaban más aptos para servir a Dios los que se apartaban de las cosas del mundo, como hacían los que iban al desierto de la Tebaida.

La joven, que era muy ingenua y tenía sólo catorce años, empujada no sólo por el deseo racional, sino por un infantil capricho, sin dar explicaciones a nadie partió secretamente hacia el desierto de la Tebaida.



Muy fatigada, pero empujada por su propósito, llegó al cabo de unos días a aquella soledad, en donde había una casita. Halló en la puerta un santo varón, el cual, maravillándose de verla, le preguntó qué buscaba por allí. Ella respondió que, inspirada por Dios, quería trabajar a su servicio, y que le enseñaran la manera conveniente de servirle.

El buen hombre, viéndola tan joven y bastante hermosa, temiendo que el demonio le tentara, si la retenía consigo, alabó su buena predisposición, y dándole agua y algo para comer, le dijo:

-Hija mía, no muy lejos de aquí hay un santo varón, el cual, para lo que tú buscas, es mucho mejor maestro que yo. Ve allí.

Y púsola en camino. Ella, llegando ante el eremita, y siendo acogida con iguales argumentos, anduvo un poco más, hasta que llegó al refugio de un joven ermitaño, persona bastante buena y devota, llamado Rústico, y le preguntó lo mismo que a los demás.

Este, para dar prueba de su gran entereza, no la despidió como los otros, sino que la retuvo en su refugio. Cuando llegó la noche, le hizo un lecho de hojas de palma y le dijo que reposara allí encima.

Hecho esto, las tentaciones empezaron a dar batalla a las fuerzas del eremita, el cual estaba muy engañado sobre ellas . Tras demasiados ataques, se consideró vencido.

Dejó de lado sus buenos pensamientos y sus oraciones y disciplinas, para atender solamente a la juventud y belleza de la muchacha, pensando la manera de llegar, sin que ella lo advirtiera, a conseguir lo que como hombre pretendía.

Primero probó, con cierta prudencia, si ella había conocido hombre alguno y si era ingenua como mostraba. Cerciorándose, creyó poder sacarle partido.

Bajo apariencia de servir a Dios, le enseñó primero con muchas palabras lo enemigo de Dios que era el diablo, diciéndole que el mejor servicio para hacerle consistía en poner al diablo en el infierno, adonde el Señor le había condenado.

Ella le preguntó la manera de hacer eso y Rústico le dijo:

-Lo sabrás en seguida, pero ve haciendo lo que me veas hacer a mí.

Y empezó a desnudarse, hasta quedar completamente en cueros; ella hizo lo mismo; y entonces él, fingiendo que se arrodillaba para rezar, la atrajo cerca de sí. Esto hizo que se encendiera más que nunca, y se produjo la resurrección de la carne.

Y ella, al notarlo, dijo:

-Rústico, ¿qué es eso que veo que te sale hacia afuera, y que yo no lo tengo?

-Hija mía -respondió el monje-, es el diablo del que te hablado, el cual me causa tantas molestias que no lo puedo aguantar.

Entonces dijo la joven:

-¡Alabado sea Dios! Ya veo que estoy mejor que tú, pues no tengo ese diablo.

Y Rústico le responde:

-Es cierto, pero tú tienes otra cosa que no tengo yo.

-¿Qué es ello? - preguntó ella.

A lo cual contestó Rústico:

-El infierno, y creo que Dios te ha enviado para que salve mi alma, ya que siempre que el diablo me importune, si tú te apiadas de mí lo pondré en el infierno. Daremos gusto a Dios y trabajaremos en su servicio, que es por lo que tú has venido aquí.

La joven repuso ingenuamente:

-Padre. Si yo tengo el infierno, sea lo que os plazca.

Dijo entonces Rústico:

-¡Bendita seas, hija mía! Vamos a meter el diablo en el infierno, para que no moleste más. Vamos y metámoslo, que luego me deje estar tranquilo.

Y dicho esto, llevada la joven encima de una de sus yacijas, le enseñó cómo debía ponerse para poder encarcelar a aquel maldito de Dios.

La joven, que nunca había puesto en el infierno a ningún diablo, la primera vez sintió un poco de dolor, por lo que dijo a Rústico:

-Por cierto, padre mío, mala cosa debe ser este diablo, y verdaderamente enemigo de Dios, que aun en el infierno, y no en otra parte, duele cuando se mete dentro.

Dijo Rústico:

-Hija, no sucederá siempre así.

Y para hacer que aquello no sucediese, seis veces antes de que se moviesen de la yacija lo metieron allí, tanto que por aquella vez le arrancaron tan bien la soberbia de la cabeza que de buena gana se quedó tranquilo.

Pero volviéndole luego muchas veces en el tiempo que siguió, y disponiéndose la joven siempre obediente a quitársela, sucedió que el juego comenzó a gustarle, y comenzó a decir a Rústico:

-Bien veo que la verdad decían aquellos sabios hombres de Capsa, que el servir a Dios era cosa tan dulce; y en verdad no recuerdo que nunca cosa alguna hiciera yo que tanto deleite y placer me diese como es el meter al diablo en el infierno; y por ello me parece que cualquier persona que en otra cosa que en servir a Dios se ocupa es un animal.

Por la cual cosa, muchas veces iba a Rústico y le decía:

-Padre mío, yo he venido aquí para servir a Dios, y no para estar ociosa; vamos a meter el diablo en el infierno.

Haciendo lo cual, decía alguna vez:

-Rústico, no sé por qué el diablo se escapa del infierno; que si estuviera allí de tan buena gana como el infierno lo recibe y lo tiene, no se saldría nunca.

Así, tan frecuentemente invitando la joven a Rústico y consolándolo al servicio de Dios, tanto le había quitado la lana del jubón que en tales ocasiones sentía frío en que otro hubiera sudado; y por ello comenzó a decir a la joven que al diablo no había que castigarlo y meterlo en el infierno más que cuando él, por soberbia, levantase la cabeza:

-Y nosotros, por la gracia de Dios, tanto lo hemos desganado, que ruega a Dios quedarse en paz. Y así impuso algún silencio a la joven, la cual, después de que vio que Rústico no le pedía más meter el diablo en el infierno, le dijo un día:

-Rústico, si tu diablo está castigado y ya no te molesta, a mí mi infierno no me deja tranquila; por lo que bien harás si con tu diablo me ayudas a calmar la rabia de mi infierno, como yo con mi infierno te he ayudado a quitarle la soberbia a tu diablo.

Rústico, que de raíces de hierbas y agua vivía, mal podía responder a los envites; y le dijo que muchos diablos querrían poder tranquilizar al infierno, pero que él haría lo que pudiese; y así alguna vez la satisfacía, pero era tan raramente que no era sino arrojar un haba en la boca de un león; de lo que la joven, no pareciéndole servir a Dios cuanto quería, mucho rezongaba.

Pero mientras que entre el diablo de Rústico y el infierno de Alibech había, por el demasiado deseo y por el menor poder, esta cuestión, sucedió

que hubo un fuego en Capsa en el que en la propia casa ardió el padre de Alibech con cuantos hijos y demás familia tenía; por la cual cosa, Alibech, de todos sus bienes quedó heredera. Por lo que un joven llamado Neerbale, habiendo en magnificencias gastado todos sus haberes, oyendo que ésta estaba viva, poniéndose a buscarla y encontrándola antes de que el fisco se apropiase de los bienes que habían sido del padre, como de hombre muerto sin herederos, con gran placer de Rústico y contra la voluntad de ella, la volvió a llevar a Capsa y la tomó por mujer, y con ella de su gran patrimonio fue heredero.

Pero preguntándole las mujeres que en qué servía a Dios en el desierto, no habiéndose todavía Neerbale acostado con ella, repuso que le servía metiendo al diablo en el infierno y que Neerbale había cometido un gran pecado con haberla arrancado a tal servicio.

Las mujeres preguntaron:
-¿Cómo se mete al diablo en el infierno?

La joven, entre palabras y gestos, se lo mostró; de lo que tanto se rieron que todavía se ríen, y dijeron: -No estés triste, hija, no, que eso también se hace bien aquí, Neerbale bien servirá contigo a Dios Nuestro Señor en eso.

Luego, diciéndoselo una a otra por toda la ciudad, hicieron famoso el dicho de que el más agradable servicio que a Dios pudiera hacerse era meter al diablo en el infierno; el cual dicho, pasado a este lado del mar, todavía se oye. Y por ello vosotras, jóvenes damas, que necesitáis la gracia de Dios, aprended a meter al diablo en el infierno, porque ello es cosa muy grata a Dios y agradable para las partes, y mucho bien puede nacer de ello y seguirse".

****

Jornada Séptima
Novela séptima
Ludovico descubre a doña Beatriz el amor que le tiene, la cual manda a Egano, su marido, a un jardín vestido como ella y se acuesta con Ludovico; el cual, luego, levantándose, va y apalea a Egano en el jardín.

.... Esta invención de doña Isabela contada por Pampínea fue por todos los de la compañía tenida por maravillosa; pero Filomena, a quien el rey había ordenado que siguiese, dijo: Amorosas señoras, si no estoy engañada, creo que contaré una no menos buena, y prestamente.

Debéis saber que en París vivió un hombre noble florentino, el cual, por su pobreza, se había hecho mercader, y le había ido tan bien con el comercio que se había hecho en él riquísimo; y tenía de su mujer un solo hijo al que había llamado Ludovico.

Y para que a la nobleza del padre y no al comercio saliese, no lo había el padre querido poner en ningún negocio sino que lo había puesto con otros hombres nobles al servicio del rey de Francia, donde muchas buenas maneras y buenas cosas había aprendido.

Y estando allí, sucedió que ciertos caballeros que volvían del Sepulcro, mezclándose en una conversación de los jóvenes entre los que estaba Ludovico, y oyéndolos razonar entre sí sobre las damas hermosas de Francia y de Inglaterra y de otras partes del mundo, comenzó uno de ellos a decir que ciertamente de cuanto mundo él había recorrido y de cuantas mujeres había visto, nunca una hermosura semejante a la mujer de Egano de los Galluzzi de Bolonia, llamada doña Beatriz,

Eros en el infierno

había visto; en lo que todos sus compañeros que junto con él la habían visto en Bolonia, concordaron, 1a cual cosa escuchando Ludovico, que todavía no se había enamorado de ninguna, se inflamó en tanto deseo de verla que en otra cosa no podía fijar el pensamiento; y del todo dispuesto a ir hasta Bolonia a verla, y allí quedarse si a ella le placía, dio a entender a su padre que quería ir al Sepulcro, lo que consiguió con gran dificultad.

Poniéndose, pues, de nombre Aniquino, llegó a Bolonia, y como quiso la fortuna, al día siguiente vio a esta señora en una fiesta, y con mucho le pareció más hermosa de lo que pensado había; por lo que, enamorándose ardentísimamente de ella, se propuso no irse nunca de Bolonia si no conseguía su amor. Y pensando en qué camino debía seguir para ello, dejando cualquier otro decidió que, si pudiera hacerse criado del marido de ella, que tenía muchos, por acaso podría sucederle lo que deseaba.

Vendidos, pues, sus caballos, y colocados sus criados de manera que estaban bien, habiéndoles ordenado que fingiesen no conocerlo, habiendo hecho amistad con su posadero, le dijo que de buena gana entraría como servidor de algún señor de bien, si alguno pudiese encontrar; al cual dijo el posadero:

-Tú eres propiamente un sirviente que debía de ser muy apreciado por un hombre noble de esta tierra que tiene por nombre Egano, el cual tiene muchos, y todos los quiere aparentes como eres tú; yo le hablaré de ello.

Y como dijo, así lo hizo; y antes que se separase de Egano, hubo colocado con él a Aniquino, el cual le agradó lo más que podía ser. Y viviendo con Egano y teniendo oportunidades de ver con mucha frecuencia a su gobierno, tan bien y tan de grado comenzó a servir a Egano que éste le tomó tanto amor que sin él no sabía hacer ninguna cosa; y no solamente de sí sino de todas las cosas le había encomendado el gobierno.

Sucedió un día que, habiendo ido Egano de cetrería y quedándose Aniquino en casa, doña Beatriz, que de su amor no se había apercibido todavía por mucho que para sí misma, mirándole a él y a sus maneras, muchas veces le había elogiado y le agradase, se puso con él a jugar al ajedrez; y Aniquino, que agradarle deseaba, muy diestramente se dejaba vencer; de lo que la señora hacía maravillosas fiestas . Y habiéndose apartado de mirarlos jugar todas las damas de la señora y dejándolos jugando solos, Aniquino lanzó un grandísimo suspiro.

La señora, mirándolo, dijo:
-¿Qué tienes, Aniquino? ¿Tanto te duele que te venza?

-Señora -repuso Aniquino-, mucho mayor cosa que lo es ésta fue la razón de mi suspiro.

Dijo entonces la señora:
-¡Ah! Dímela, si me quieres bien.

Cuando Aniquino se oyó rogar *«si la quería bien»* por quien sobre todas las cosas amaba, lanzó uno mucho mayor de lo que lo había sido el primero; por lo que la señora otra vez le rogó que le pluguiese decirle cuál era la razón de sus suspiros.

A quien Aniquino dijo:
-Señora, mucho temo que os sea molesta si os la digo y además temo que la digáis a otra persona.

A quien la señora dijo:
-Por cierto que no me será enojoso; y estate seguro de esto, que nada que tú me digas, sino cuando te plazca, le diré a nadie nunca.

Entonces dijo Aniquino:
-Puesto que así me lo prometéis, os lo diré.

Y con las lágrimas en los ojos le dijo quién era él, lo que de ella había oído y dónde, y cómo de ella se había enamorado y cómo venido, y por qué había entrado como servidor del marido; y luego, humildemente le rogó que si podía ser le pluguiera tener piedad de él y complacerle en este su secreto y tan ferviente deseo; y que, si esto no quería hacer, que, dejándolo estar en el traje en que estaba, le permitiese amarla.

¡Oh, singular dulzura de la sangre boloñesa, que digna de alabanza has sido siempre en tales casos! Nunca te enorgulleciste de las lágrimas y los suspiros y continuamente has sido sensible a las súplicas, y a los amorosos deseos doblegable; si yo tuviera dignas loas para alabarte, nunca saciada se vería mi voz.

La noble señora, al hablar Aniquino, le miraba; y dando plena fe a sus palabras, con tanta fuerza recibió por sus ruegos el amor en la mente, que también ella comenzó a suspirar, y luego de algún suspiro repuso:

-Dulce Aniquino mío, ten buen ánimo: ni dones ni promesas ni cortejar de nobles ni de señor alguno ni de ningún otro (que he sido y soy cortejada por muchos) nunca pudo mover mi ánimo tanto que amase a alguno; pero tú en tan poco tiempo como han durado tus palabras me has hecho más tuya que lo soy mía. Juzgo que óptimamente has ganado mi amor, y por ello te lo doy y te prometo que te haré gozar de él antes de que termine esta noche que viene. Y para que esto tenga lugar, hacia la medianoche vendrás a mi alcoba; yo dejaré la puerta abierta; sabes de qué lado de la cama duermo yo; vendrás allí y si durmiere, tócame hasta que me despierte, y te consolaré de tan largo deseo como has sentido; y para que lo creas quiero darte un beso en prenda.

Y echándole un brazo al cuello, amorosamente lo besó, y Aniquino a ella. Dichas estas cosas, Aniquino, dejando a la señora, se fue a hacer algunas de sus obligaciones, esperando con la mayor alegría del mundo que llegase la noche.

Egano volvió de la caza, y cuando hubo cenado, como estaba cansado se fue a dormir, y la señora tras él; y como había prometido dejó la puerta de la alcoba abierta; a la cual, a la hora que le había sido dicha, vino Aniquino y calladamente entrando en la alcoba y volviendo a cerrar la puerta por dentro, del lado donde dormía la señora se fue, y poniéndole la mano en el pecho la encontró que no dormía. La cual, como sintió llegar a Aniquino, tomando su mano con las dos suyas y sujetándolo fuerte, dándose vueltas en la cama tanto hizo que despertó a Egano que dormía; al cual dijo:

-No quise decirte nada anoche porque me pareciste cansado; pero dime, así te guarde Dios, Egano, ¿a cuál tienes tú por el mejor criado y el más leal, y quién amas más, de los que tienes en casa?

Repuso Egano:
-¿Qué es eso, mujer, qué me preguntas? ¿No lo sabes? No hay ni ha habido nunca ninguno de quien tanto me fiase o me fíe o ame, cuanto me fío y amo a Aniquino. Pero ¿por qué me lo preguntas?

Aniquino, sintiendo despierto a Egano y oyendo hablar de él, había muchas veces tirado de la mano hacia sí para irse, temiendo mucho que la señora quisiese engañarle; pero ésta lo había sujetado y lo sujetaba de manera que no había podido alejarse ni podía.

La señora repuso a Egano, y dijo:
-Yo te lo diré. Yo creía que era que fuese como tú dices y que más fiel que ninguno otro te fuera; pero me ha engañado, porque cuando te fuiste hoy

de cetrería, él se quedó aquí, y cuando le pareció oportuno no se avergonzó de pedirme que consintiera en hacer su gusto; y yo, para que esta cosa no necesitase probarte con demasiadas pruebas, y para hacértelo tocar y ver, repuse que me parecía bien y que esta noche, pasada la medianoche, iré al jardín nuestro y le esperaré al pie del pino. Ahora, en cuanto a mi yo no entiendo ir allí, pero si tienes ganas de conocer la fidelidad de tu criado, puedes fácilmente, poniéndote encima una de mis sayas y en la cabeza un velo, ir allá abajo a esperar si viene, que estoy segura de que sí.

Egano, oyendo esto, dijo:

-Por cierto que conviene que lo vea.

Y levantándose como mejor pudo en la oscuridad, se puso una saya de la señora en la cabeza, y se fue al jardín y al pie de un pino se puso a esperar a Aniquino. La señora, como lo sintió levantado y fuera de la alcoba, se levantó y cerró la puerta por dentro. Aniquino, que el mayor miedo que nunca había sentido sintió, y que cuanto podía se había esforzado en salir de las manos de la señora y cien mil veces a ella y a su amor y a sí mismo, que confiado se había, había maldito, oyendo lo que al final había hecho, fue el hombre más feliz que nunca hubo; y habiendo la señora vuelto a la cama, como quiso ella, como ella se desnudó, y juntos se solazaron y disfrutaron por buen espacio de tiempo.

Luego, no pareciendo a la señora que Aniquino debiese quedarse más, lo hizo levantarse y volver a vestirse, y así le dijo:

-Dulces labios míos, coge un buen bastón y vete al jardín, y fingiendo haberme requerido para tentarme, como si fuese yo misma, dirás insultos a Egano y me lo sacudirás bien con el bastón, porque de ello se seguirá luego maravilloso deleite y placer.

Levantándose Aniquino y yendo al jardín con una vara de sauce en la mano, cuando llegó junto al pino y Egano lo vio venir, y levantándose como si quisiese recibirlo con grandísima fiesta, le salió al encuentro; al cual dijo Aniquino:

-¡Ay, mala mujer, así que has venido! ¿Y has creído que yo quisiera o quiero a mi señor hacerle esta afrenta? ¡Seas mil veces mal venida!

Y alzando el bastón, comenzó a sacudirlo.

Egano, al oír esto y ver el bastón, sin decir palabra comenzó a huir, y tras él Aniquino, siempre diciendo:

-Fuera, que Dios te dé malahora, mala mujer, que por cierto que mañana se lo diré a Egano. Egano, habiendo recibido dos de las buenas, lo antes que pudo se volvió a la alcoba; al cual preguntó la señora si Aniquino había venido al jardín.

Egano dijo:

-Así no hubiera ido, porque creyendo que eras tú me ha molido con un bastón y dicho las mayores injurias que nunca se han dicho a una mala mujer. Y así yo me maravillaba mucho de que él te hubiese dicho aquellas palabras con ánimo de hacer algo que fuese en vergüenza mía; sino que porque te vio tan alegre y cordial, quiso probarte.

-Entonces -dijo la señora-, alabado sea Dios porque a mí me ha probado con palabras y a ti con obras; y creo que podría decir que yo soporto con más paciencia las palabras que tú las obras. Mas puesto que tal lealtad te tiene, hay que tenerlo en estima y honrarle.

Egano dijo:

-Por cierto que dices la verdad.

Y basándose en aquello, era de la opinión de que tenía la mujer más leal y el más fiel servidor

La pasión humana

que nunca había tenido un noble; por la cual cosa, como luego muchas veces con Aniquino, éste y la señora riesen de este hecho, Aniquino y la señora tuvieron mucha más facilidad de la que por ventura habrían tenido para hacer aquello que les daba deleite y placer mientras que a Aniquino le plugo quedarse con Egano en Bolonia.

****

Jornada Quinta

Novela novena

(El cuento de los posibles amores imposibles)

Federigo de los Alberighi ama y no es amado, y con los gastos del cortejar se arruina; y le queda un solo halcón, el cual, no teniendo otra cosa, da de comer a su señora que ha venido a su casa; la cual, enterándose de ello, cambiando de ánimo, lo toma por marido y le hace rico.

Había ya dejado de hablar Filomena cuando la reina, habiendo visto que nadie sino Dioneo (debido a su privilegio) quedaba por hablar, con alegre gesto, dijo: A mí me corresponde ahora hablar: y yo, carísimas señoras, lo haré de buen grado con una historia en parte semejante a la precedente, no solamente para que conozcáis cuánto vuestros encantos pueden en los corazones corteses, sino porque aprendáis a ser vosotras mismas, cuando debáis, otorgadoras de vuestros galardones sin dejar que sea siempre la fortuna quien los conceda, la cual, no discretamente como debe ser, sino desconsideradamente la mayoría de las veces los confiere.

Debéis, pues, saber que Coppo de los Borghese Domenichi , que fue en nuestra ciudad, y tal vez es todavía, hombre de grande y reverenciada autoridad entre los nuestros (y por las costumbres y por la virtud mucho más que por la nobleza de sangre clarísimo y digno de eterna fama), siendo ya de avanzada edad, muchas veces sobre las cosas pasadas con sus vecinos y con otros gustaba de hablar; lo cual él, mejor y con más orden y con mayor memoria y adornado hablar que ningún otro supo hacer, y acostumbraba a contar entre sus otras buenas cosas que en Florencia hubo un joven llamado Federigo de micer Filippo Alberighi , en hechos de armas y en cortesía alabado sobre todos los demás donceles de Toscana.

El cual, como sucede a la mayoría de los gentileshombres, de una cortés señora llamada doña Giovanna se enamoró, en sus tiempos tenida como de las más hermosas mujeres y de las más gallardas que hubiera en Florencia; y para poder conseguir su amor, justaba, torneaba, daba fiestas y regalos, y lo suyo sin ninguna contención gastaba: pero ella, no menos honesta que hermosa, de ninguna de estas cosas por ella hechas ni de quien las hacía se ocupaba.

Gastando, pues, Federigo mucho más de lo que podía y no consiguiendo nada, como suele suceder las riquezas le faltaron, y se quedó pobre, sin otra cosa haberle quedado que una tierra pequeña de las rentas de la cual estrechamente vivía, y además de esto un halcón de los mejores del mundo; por lo que, más enamorado que nunca y no pareciéndole que podía seguir llevando una vida ciudadana como deseaba, a Campi, donde estaba su pequeña hacienda, se fue a vivir. Allí, cuando podía, cazando y sin invitar a nadie, su pobreza sobrellevaba pacientemente.

Ahora, sucedió un día que, habiendo Federigo llegado a estos extremos, el marido de doña Giovanna enfermó, y viendo llegar la muerte hizo testamento; y siendo riquísimo dejó heredero de ello a un hijo suyo ya grandecito, y después de él, habiendo amado mucho a doña Giovanna, a ella, si sucediese que el hijo muriera sin heredero legítimo, como heredera constituyó, y murió.

Quedándose, pues, viuda doña Giovanna, como es costumbre entre nuestras mujeres, en el verano con este hijo suyo se iba al campo a una posesión asaz cercana a la de Federigo; por lo que sucedió que aquel jovencito empezó a hacer amistad con Federigo y a entretenerse con las aves de caza y los perros; y habiendo visto muchas veces volar el halcón de Federigo, gustándole extraordinariamente, mucho deseaba tenerlo, pero no se atrevía a pedírselo viendo que él lo quería tanto.

Y estando así la cosa, sucedió que el muchachito se enfermó, de lo que la madre, muy doliente, como quien no tenía más y le amaba lo más que podía, estando todo el día junto a él, no dejaba de cuidarlo y muchas veces le preguntaba si deseaba algo, rogándole que se lo dijese, que tuviera la certeza que si fuese posible tenerlo lo conseguiría donde estuviera.

El jovencito, oyendo muchas veces estos proferimientos, dijo: -Madre mía, si hacéis que tenga el halcón de Federigo creo que me curaré en seguida.

La señora, oyendo esto, se quedó callada un rato y empezó a pensar qué podía hacer. Sabía que Federigo largamente la había amado, y nunca de ella una mirada había obtenido; por lo que se decía: *«¿Cómo enviaré o iré yo a pedirle este halcón que es, por lo que oigo, el mejor que nunca ha volado, y además es lo que lo mantiene en el mundo? ¿Y cómo voy a ser tan desconsiderada que a un gentilhombre a quien ningún otro deleite ha quedado, quiera quitárselo?»*

Y preocupada con tal pensamiento, si bien estaba segurísima de obtenerlo si se lo pedía, sin saber qué decir, no le contestaba a su hijo sino que se callaba. Por último, la venció tanto el amor de su hijo, que decidió para contentarlo que, pasara lo que pasase, no mandaría a por él sino que iría ella misma y se lo traería, y repuso:

-Hijo mío, consuélate y piensa en curarte de todas las maneras, que te prometo que lo primero que haré mañana por la mañana será ir a buscarlo y te lo traeré.

Con lo que, contento el niño, el mismo día mostró cierta mejoría. La señora, a la mañana siguiente, tomando otra señora en su compañía, como de paseo se fue a la pequeña casa de Federigo y preguntó por él. Él, porque no era temporada de caza, estaba en el huerto y preparaba algunas faenas allí, el cual, al oír que doña Giovanna preguntaba por él a la puerta, maravillándose mucho, corrió allí muy contento; y ella, al verlo venir, con señorial amabilidad levantándose a saludarle, habiéndola ya Federigo con reverencia saludado, dijo: -¡Bien hallado seáis, Federigo! -y siguió-. He venido a reparar los daños que has sufrido por mí amándome más de lo que hubiera convenido; y la reparación es que quiero con esta compañía mía almorzar contigo familiarmente hoy.

A quien Federigo, humildemente, repuso:

-Señora, ningún daño me acuerdo de haber recibido de vos, sino tanto bien que, si alguna vez algún valor tuve, por vuestro valor y por el amor que os tuve fue; y ciertamente esta vuestra liberal venida me es más querida que me sería si otra vez me fuera dado gastar cuanto ya he gastado, aunque a pobre huésped habéis venido.

El amor humano

Torso

Y dicho así, avergonzado la recibió en su casa, y de ella la condujo a su jardín, y no teniendo allí a quien hacer acompañarla, dijo:

-Señoras, pues que nadie más hay, esta buena mujer, esposa de este labrador, os tendrá compañía mientras que yo voy a hacer poner la mesa.

Él, por muy extrema que fuese su pobreza, no se había percatado todavía de cuánto necesitaba las riquezas que había gastado desordenadamente; pero esta mañana, no encontrando nada con que poder honrar a la señora por amor de quien ya había honrado a infinitos hombres, se lo hizo ver. Y sobremanera angustiado, maldiciendo su fortuna, como un hombre fuera de sí, ora yendo aquí y ora allí, ni dineros ni nada para empeñar encontrando, siendo tarde la hora y el deseo grande de honrar con algo a la noble señora, y no queriendo, no ya a otro, sino ni a su mismo labrador, pedir nada, vio delante su buen halcón, que estaba en la salita en su percha; por lo que, no teniendo otra cosa a qué recurrir, lo cogió y encontrándolo gordo pensó que sería digna comida de tal señora.

Y sin pensarlo más, quitándole el collar, a una criadita lo hizo prestamente, pelado y condimentado, poner en un asador y asar cuidadosamente; y poniendo la mesa con manteles blanquísimos, de los que aún tenía algunos, con alegre gesto volvió a la señora a su jardín, y el almuerzo que podía él, dijo que estaba preparado. Con lo que la señora, levantándose con su compañera, fueron a la mesa, y sin saber qué se estaban comiendo, junto con Federigo, que con suma devoción las servía, se comieron al buen halcón.

Y levantándose de la mesa, y un tanto con amables conversaciones quedándose con él un rato, pareciéndole a la señora momento de decir aquello por lo que ido había, así benignamente comenzó a hablar a Federigo:

-Federigo, acordándote tú de tu pasada vida y de mi honestidad, que tal vez hayas reputado dureza y crueldad, no dudo que debes maravillarte de mi atrevimiento al oír aquello por lo que principalmente aquí he venido; pero si tuvieses hijos o los hubieras tenido, por quienes pudieras conocer de qué gran fuerza es el amor que se les tiene, me parecería estar segura de que en parte me tendrías por excusada. Pero aunque no los tienes, yo que tengo uno, no puedo dejar de seguir las leyes comunes de las demás madres; las cuales forzoso me es seguir y contra mi voluntad, y fuera de toda conveniencia y deber, pedirte un regalo que sé que te es sumamente querido: y es justo porque ningún otro deleite, ningún otro entretenimiento, ningún consuelo te ha dejado tu rigurosa fortuna; y esté regalo es tu halcón, del que mi niño se ha encaprichado tan fuertemente qué si no se lo llevo temo que se agrave tanto en la enfermedad que tiene que se siga de ello alguna cosa por la que lo pierda. Y por ello te ruego no por el amor que me tienes, por el cual ninguna obligación tienes, sino por tu nobleza, que en usar cortesía se ha mostrado mayor que la de ningún otro, que te plazca dármelo para que con este don pueda decir que he conservado con vida a mi hijo y por ello te quede siempre obligada.

Federigo, al oír aquello que la señora pedía, y sintiendo que no la podía servir porque se lo había dado a comer, comenzó en su presencia a llorar antes de poder responder palabra, cuyo llanto la señora creyó primero que de dolor por tener que separarse de su buen halcón vendría más que de otra cosa, y a punto estuvo de decirle que no lo quería; pero conteniéndose, esperó después del llanto la respuesta de Federigo. El cual dijo así:

-Señora, desde que plugo a Dios que en vos pusiera mi amor, en muchas cosas he juzgado que la fortuna me era contraria y me he dolido de ella, pero todas han sido ligeras con respecto a lo que me hacen en este momento, con lo que jamás podré estar en paz con ella, pensando que vos hayáis venido aquí a mi pobre casa cuando, mientras que fue rica, no os dignasteis a venir, y me pidáis un pequeño don, y ella ha hecho de manera que no pueda dároslo; y por qué no puede ser os lo diré brevemente. Cuando oí que deseabais por vuestra bondad comer conmigo, considerando vuestra excelencia y vuestro valor, reputé digna y conveniente cosa que con más preciosa vianda dentro de mis posibilidades debía honraros que las que suelen usarse para las demás personas; por lo que, acordándome del halcón que me pedís, y de su bondad, pensé que era digno alimento para vos: y esta mañana, asado lo habéis tenido en el plato, y yo lo tenía por óptimamente albergado, pero al ver ahora que de otra manera lo deseabais, siento tal duelo por no poder serviros que creo que nunca podré tener paz.

La esposa infiel

La nalgada erótica

Y dicho esto, las plumas y las patas y el pico hizo echarles delante en testimonio de ello. La cual cosa viendo la señora y oyendo, primero le reprendió por haber matado tal halcón para dar de comer a una mujer, y luego la grandeza de su ánimo, que la pobreza no había podido ni podía abatir mucho en su interior alabó; luego, perdida la esperanza de poder tener e halcón, y tal vez por la salud del hijo preocupada, dando las gracias a Federigo por el honor que le había hecho y por su buena voluntad, toda melancólica se fue y volvió con su hijo. El cual, o por tristeza de no haber podido tener el halcón, o por la enfermedad que a pesar de todo debería haberlo llevado a ello, no pasaron muchos días sin que, con grandísimo dolor de la madre, terminase esta vida. La cual, luego que llena de lágrimas y amargura hubo estado un tanto, habiendo quedado riquísima y todavía joven, muchas veces fue instada por sus hermanos a que se casase de nuevo; la cual, aun que no hubiera querido, sin embargo viéndose molestar, acordándose de valor de Federigo y de su magnanimidad última, esto es, de que había matado tal halcón para honrarla, dijo a sus hermanos:

-Yo de buen grado, si os pluguiera, me quedaría sin casar, pero si os place que tome marido, ciertamente no tomaré otro jamás si no tengo a Federigo de los Alberighi. A lo cual los hermanos, burlándose de ella, dijeron:

-Tonta, ¿qué es lo que dices? ¿Cómo lo quieres a él, que no tiene nada en el mundo? -a lo que ella respondió:

-Hermanos míos, bien sé que es como decís, pero antes quiero un hombre que necesite riquezas que riquezas que necesiten un hombre.

Los hermanos, oyendo su voluntad y conociendo que era Federigo de gente principal aunque fuese pobre, tal como ella quiso, se la dieron con todas sus riquezas; el cual, con tal señora que tanto había amado viéndose por mujer, y además de ello riquísimo, con ella felizmente, convertido en mejor administrador, terminó sus años.

****

Conclusión del autor

"Y dejando a cada uno creer y decir cuanto se le antoje, debo terminar mis palabras y agradecer a Aquel que me ha ayudado a lograr mi fin. En cuanto a vosotras, complacientes damas, quedad en paz y acordaos de mí, si algo de lo que leéis os aprovecha".

Así cierra Boccaccio su famoso Decamerón, con el cual desnuda ante todo, los vicios, tales como las falsas apariencias, la doble moral... y otros tantos que ustedes descubrirán al leerla.

En síntesis, es una muestra de que la sociedad, salvo algunos mínimos detalles, ¿ha progresado en pos de la virtud? Y sin embargo, quien esté limpio de pecado, lance la primera piedra.

BIBLIOGRAFÍA

- El Decamerón. Editorial Sopena. Buenos Aires, Argentina, 1986.
- El Decamerón, Giovanni Boccaccio, Editorial Bruguera, 9ª Edición, España,1983.
- El Decamerón. http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/ita/bocca/deca07.htm
- Letras 1. Dr. Luis Melgar Brizuela. Edit. Oxcelotlán. Ed. Act. por Miguel Ángel Chinchilla. San Salvador. Sin Fecha.

Segundo Año de Bachillerato

Gabriel García Márquez: Cien años de Soledad (I)

Edgar Alfaro Chaverri

Gabriel García Márquez, nació en 1928, en Aracataca, un pequeño caserío de Santa Marta, Colombia: *"Yo señor, me llamo Gabriel García Márquez. Lo siento: a mi tampoco me gusta ese nombre, porque es una sarta de lugares comunes que nunca he logrado identificar conmigo. Nací en Aracataca, Colombia. Mi signo es piscis y mi mujer es Mercedes. Esas son las dos cosas más importantes que me han ocurrido en la vida, porque gracias a ellas, al menos hasta ahora, he logrado sobrevivir escribiendo.*

Soy escritor por timidez. Mi verdadera vocación es la de prestidigitador, pero me ofusco tanto tratando de hacer un truco, que he tenido que refugiarme en la soledad de la literatura. Ambas actividades, en todo caso, conducen a lo único que me ha interesado desde niño; que mis amigos me quieran más.

En mi caso el ser escritor es un mérito descomunal, porque soy muy bruto para escribir. He tenido que someterme a una disciplina atroz para terminar media página en ocho horas de trabajo; peleo a trompadas con cada palabra y casi siempre es ella quien sale ganando, pero soy tan testarudo que he logrado publicar cinco libros en veinte años.

El sexto, que estoy escribiendo, va más despacio que los otros, porque entre los acreedores y una neuralgia me quedan muy pocas horas libres.

Nunca hablo de literatura, porque no sé lo que es, y además estoy convencido de que el mundo sería igual sin ella. En cambio, estoy convencido de que sería completamente distinto si no existiera la policía, pienso, por tanto, que habría sido más útil a la humanidad si en vez de escritor fuera terrorista" (Sara Facio, Alicia D'Amico «Retratos y Autorretratos». Ediciones de Crisis, Buenos Aires, Argentina,1973).

Es autor de las novelas: *La hojarasca* (1955), *El coronel no tiene quien le escriba* (1961), *Los funerales de la Mamá Grande* y *La Mala hora* (1962). *Cien años de soledad* (1967), *Relato de un náufrago* (1970), *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada* (1972), *El otoño del patrirca* (1974), *Crónica de una muerte anunciada*, *El amor en los tiempos del cólera, El general en su laberinto* (basada en la vida de Simón Bolívar) y *Noticia de un secuestro*. Además, es autor de *Ojos de perro azul* (cuentos).

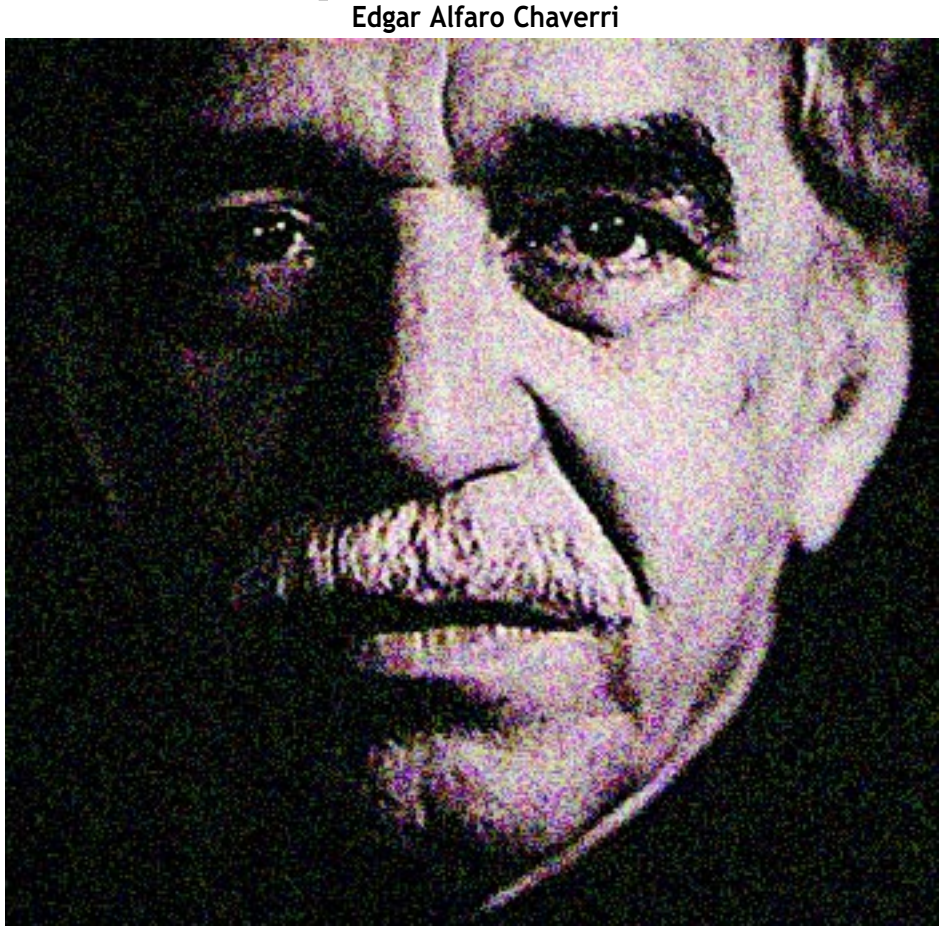
La aventura de Miguel Littín, clandestino en Chile, es otra de sus obras, en la que incursiona en el reportaje como género literario.

En 1982, recibe el Premio Nobel de Literatura. Toda su obra pertenece al Realismo Mágico.

Cien años de soledad se desarrolla en Macondo, lugar utópico donde se ubican algunas, por no decir la mayoría, de las obras del *'Gabo'*, como se le conoce en el ámbito literario. Macondo es un lugar sui géneris (único en su género), si bien ficticio, bien puede ubicarse en cualquier sitio de Latinoamérica. *En Cien Años de Soledad*, destaca el puntillismo (en literatura, detallismo descriptivo; en pintura, es el procedimiento de los neoimpresionistas que consiste en descomponer los tonos por pinceladas separadas), con el cual, García Márquez logra escenas realmente impresionistas.

El Realismo Mágico, es la visión fantástica de la realidad puesta en términos literarios. García Márquez en sus primeras obras, como *La hojarasca*, *El coronel no tiene quien le escriba* y *La mala hora,* sólo sondea la impresionante creación realista y mítica del pueblo y la historia de Macondo vertida en *Cien años de soledad* (1967), novela que presenta la historia, los problemas y las vivencias centrales de Latinoamérica.

La forma en que los gitanos, árabes y otros extranjeros embaucan a los soñadores como José Arcadio Buendía y a los habitantes de Macondo, que les cambian collares con cuentas de vidrio por



Gabriel García Márquez

guacamayas, hace recordar a los españoles que trocaban el oro de nuestros nativos por espejos y otras bisuterías.

¿Habremos cambiado desde entonces nuestra predilección por lo extranjero? Yo creo que no, pues el malinchismo, como se llama esta predilección, sigue viento en popa. ¿Se dará algo así en los Tratados de Libre Comercio? Indudablemente a algo así es que alude García Márquez en estos pasajes de su obra.

Además, hace alusión a la ignorancia que en aras de mantener las supersticiones sacrifica la propia felicidad. Esto se ve claro en la negativa de Úrsula para procrear hijos con José Arcadio Buendía, ya que ella teme concebirlos con cola de cerdo, a tal grado que se ensarta en un pantalón de lona bastante ajustado y con amarras de seguridad. Pero al final José Arcadio Buendía se las ingenia y triunfa el incesto (relaciones sexuales entre parientes), ya que ella es su prima. Ambos provienen de Riohacha, capital del departamento colombiano de Guajira, que además, es puerto comercial, donde se cuenta que en el siglo XVI, llegaba el corsario inglés Francis Drake a hacer sus desmanes.

Tomando estos dos antecedentes, lo del incesto y lo del corsario, se puede ver fácilmente cómo el realismo mágico trastoca la realidad con fantasía, puesto que de Riohacha es que proviene Buendía a fundar Macondo entre las ciénagas, y es allí donde surge su famosa estirpe. Es vital entonces, destacar como en pro del "progreso", los macondianos se ven a expensas de los charlatanes, que les hacen pensar en encontrar la felicidad que acaso ya tenían.

Pero hablábamos del puntillismo en *Cien años de soledad*.

"...fue rompiendo luego contra las paredes la cristalería de Bohemia, los floreros pintados a mano, los cuadros de las doncellas en barcas cargadas de rosas, los espejos de marcos dorados..." Ahora veamos la diferencia:"....fue rompiendo luego contra las paredes la cristalería, los flores, los cuadros, los espejos...". Es obvio que la descripción cambia rotundamente, vemos cómo se enriquece con esos detalles que los van como pintando en nuestras mentes, porque nadie podrá negar que no es lo mismo romper los simples cuadros, que romper los cuadros de las doncellas en barcas cargadas de rosas.

Claro es que hay otros ejemplos, pero podríamos decir que en general, toda la obra de García Márquez se fundamenta y se enriquece con el puntillismo, sólo que en *Cien años de soledad*, dicho recurso es más florido, más fresco, más exhuberante.

La obra comienza como ya hemos dicho, en Macondo, cuando no era más que una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos. El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo. Úrsula y José Arcadio Buendía han procreado a José Arcadio y a Aureliano. Todos los años por el mes de marzo llegan los gitanos con su algarabía característica, y como siempre deslumbran a José Arcadio Buendía con sus "novedades". José Arcadio Buendía se obsesiona con cada cosa que llevan los gitanos, a tal grado que cuando mira el hielo por primera vez, exclama: -*Éste es el gran invento de nuestro tiempo.*

La obra en sí, constituye la historia del coronel Aureliano Buendía y de toda su familia, desde la fundación de Macondo hasta que con el último Buendía se cumplen las profecías de la destrucción y desaparecimiento de Macondo, y con él, la memoria de quienes lo fundaron y lo habitaron. Puede interpretarse como un compendio de la evolución de la humanidad en su esplendor, miseria, descubrimientos científicos, sus luchas históricas, sociales y políticas, sus triunfos y fracasos, junto a episodios cotidianos. Por ejemplo, cuando los trabajadores descontentos declaran la huelga para protestar por los bajos salarios y las malas condiciones de trabajo, el gobierno convoca una reunión en la plaza situada frente a la estación del ferrocarril con el pretexto de discutir los términos del acuerdo.

Pero cuando se cierran todas las salidas por soldados armados hasta los dientes, se produce el asesinato de más de tres mil personas. Casi de inmediato comienza una lluvia torrencial que dura aproximadamente cinco años y que le pone punto final a la prosperidad económica, dejando un pueblo arruinado. Con el estancamiento consiguiente y el éxodo de muchos de sus ciudadanos, sólo es cuestión de tiempo antes de que la naturaleza complete la destrucción de Macondo.

El tema central es la soledad, que resulta ser una vocación impuesta desde el origen de Macondo. Síntoma de esta soledad es el hecho de que cuando el coronel Aureliano Buendía ordena trazar alrededor suyo un círculo de tiza que nadie puede traspasar, se encierra en la **soledad del poder,** de tal suerte que la familia termina por pensar en él como si hubiera muerto. Otro síntoma es el **aire solitario** de los Aurelianos y Arcadios de la familia.

Facetas del Gabo

Uno más sería la **amarga soledad de las parrandas**, a las que entrega Aureliano Segundo. Fernanda no escapa a esta sistomatología, pues quiere vivir sepultada, fiel a la consigna paterna de **enterrarse en vid**a.

La soledad de la locura de José Arcadio Buendía, va acompañada de la imposibilidad del lenguaje, súbitamente empieza a hablar en idioma extraño, incomprensible para los que lo rodean. Amaranta, por su parte, padece **la soledad del rencor y de la muerte**.

La soledad que comparten todos los Buendía está ligada directamente a su egocentrismo, a la tendencia a volverse hacia dentro de sí mismos en vez de proyectarse hacia afuera, hacia los otros.

Esta introspección, que explica, en parte, su falta de solidaridad con la comunidad, se muestra adicionalmente en el tema recurrente del incesto que obsesiona a todas las generaciones y que se manifiesta en varios episodios. Aunque la novela, densamente poblada, no tiene un protagonista claramente definido, Úrsula Iguarán es entre todos los personajes, la que más se aproxima a desempeñar ese papel. Una mujer asombrosamente práctica y enérgica, es el baluarte del clan y vive lo suficiente -entre 115 y 122 años- para presenciar la mayor parte de los acontecimientos. En contraste con su extraordinaria estabilidad, su caprichoso marido, José Arcadio Buendía, se deja llevar a menudo por la imaginación y eventualmente termina loco.

La realidad ficticia que describe la novela es la historia completa de un mundo desde su origen hasta su desaparición, o sea que se manifiesta una unidad totalizadora, pues abarca todos los planos o niveles en que transcurre la vida en ese mundo mágico de *Cien años de soledad*.

En esta novela el autor retoma varios personajes, temas, mitos y motivos de otras de sus mismas obras, pero sin ser por ello una sumatoria coherente de todos los materiales procedentes de la realidad ficticia planteada: lo que la novela aporta es más rico en cantidad y calidad artística.

El genio del autor consiste precisamente en haber encontrado un núcleo en el cual se refleja lo individual y lo colectivo, las personas concretas y la sociedad proyectadas en una sola abstracción. Ese eje o núcleo está constituido por la familia Buendía y la historia de su pueblo: Macondo.

Pero como en toda sopa se suele hallar un pelo, Miguel Angel Asturias, dice que García Márquez no ha hecho más que trasladar a las páginas de *Cien años de soledad*, el tema y los personajes de *La recherche de L'absolu* (La búsqueda de lo absoluto), de Balzac. Independientemente de este comentario, en *Cien años de soledad* se denuncian los fraudes electorales, los abusos de poder, sean éstos de personas o de transnacionales, el fondo demagógico de los partidos políticos conservadores, la falta de valores morales y el vacío espiritual de nuestra generación, y sobre todo, más allá de la denuncia, se declara la vasta riqueza del Castellano como lengua materna de Latinoamérica.

Pero volviendo a la obra de García Márquez, en lo **clasista social**, Macondo constituye una comunidad igualitaria y patriarcal del tipo bíblico, en la que José Arcadio hace de guía espiritual; en ella, reina plena armonía entre sus miembros, tanto económica como socialmente: todos son fundadores.

Racialmente, los macondinos son '*criollos*', como los acontecesores de José Arcadio y Úrsula. Los errantes gitanos, porque van y vienen, no son considerados miembros de esa sociedad por su propia inestabilidad. Los árabes son los que marcan la primera diferenciación social percibida pues su llegada a Macondo los tipifica como forasteros, dedicados al comercio como una sociedad cerrada o

El Gabo

privada, ya que con los demás sólo mantienen relaciones de carácter económico.

Los indios guajiros son los servidores domésticos de la obra. Los Buendía, por su parte, tienen el **corte típico feudal**, a la casa solar se van plegando miembros de diferente índole: sirvientes hijas de crianza, bastardos, semi-bastardos, las esposas legítimas y las ilegítimas, hijos legítimos, hijos naturales, huéspedes.

Posteriormente, una segunda inmigración lleva a Macondo a los gringos y a los peones que llegan a trabajar en la bananera, aparecen así las clases sociales diferenciadas. En esa sociedad los gringos pasan a ejercer el poder económico y político.

Estructuralmente la novela es circular, dinámica. La narración de los hechos se escribió dos veces: en lenguaje ininteligible para los habitantes de Macondo por Melquíades, antes de que sucedieran, y en castellano por el narrador. Elpersonaje-eje: Úrsula Iguarán, está presente en la mayor parte de la obra. La circularidad estructural conduce del caos y la nada en que la creación se ordena, al caos y la nada en que todo se acaba y se resuelve.

En la novela se dan los siguientes **motivos** (que son los que aluden a pequeñas unidades temáticas, que aparecen y reaparecen en diversa combinaciones). Los motivos son pequeños temas. Motivo es una situación típica que se repite a través de toda una ficción narrativa.

Ejemplos:

-En la familia Buendía, un motivo lo constituye el hacer y deshacer lo hecho, lo cual significa la futilidad o banalidad de algunas de las acciones humanas, como el caso de Aureliano Primero, que fabrica pescaditos de oro y cuando ya están hechos, en lugar de venderlos, vuelve a fundirlos para fabricarlos de nuevo.

-José Arcadio Segundo se afana en leer y releer, una y otra vez los pergaminos de Melquíades.

-Amaranta cose y descose botones, teje y desteje su mortaja.

-Úrsula, su hacer constante en la casa: innovarla, pintarla, sembrar flores nuevas, abrir todas las ventanas para que penetre la deslumbrante luz del verano, hasta los dormitorios.

-Melquíades, viajero que circula libremente por el espacio de la novela y su más allá, pasando sin esfuerzo, de un mundo a otro, como mensajero entre vivos y muertos. Su característica es su constante investigación y observación de disciplinas científicas.

Entre los **mitos**, que son los que en la Poética de Aristóteles representaban la concepción de trama, enredo, estructura narrativa, fábula. El mito es la narración, cuento, lo irracional o intuitivo. En el fondo del mito reside un símbolo, un ideal, una virtud perenne, aspiración que se anticipa a la realidad, a la realización científica. Es el símbolo transmutado en mito de la lucha del hombre por alcanzar el infinito. Es el vínculo que une el deseo a la realidad. Ejemplos:

-Melquíades, figura legendaria que en la novela desempeña múltiples funciones: reaparece después de sus falsas muertes y cuando deja la novela, es porque su función de augur y de escriba está cumplida. Melquíades es sucesivamente: mago, alquimista, aventurero, experimentador, científico, sabio enciclopédico, mortal e inmortal, resucitado y ante todo, viajero que circula libremente por el espacio de la novela.

-Úrsula vertebra o articula el matriarcado en la novela, e impregna de cotidianidad el espacio novelesco, para que en él pueda insertarse suavemente, lo maravilloso.

-Amaranta, tejedora de la muerte, viviendo en el odio y por el odio. Símbolo de la soledad total.

-Remedios, representa el mito de la ascensión, símbolo de pureza.

-El eterno retorno, simbolizado por la repetición de nombres en la familia Buendía.

-Macondo, la misma fundación de la ciudad representa ya, un símbolo.

-La selva, como tema predominante en la literatura americana, simboliza la resistencia de la naturaleza a ceder a la voluntad ordenadora del hombre. La selva es el caos y el laberinto.

En la obra, todo es mítico, no obstante, nada ha sido inventado gratuitamente, se funda en raíces históricas para mostrar, denunciar y a veces condenar la crisis sociopolítica y cultural de Latinoamérica.

Los **símbolos** en *Cien años de soledad*, se refieren a algo que representa algo. Éstos pueden ser traducidos e interpretados de distintas maneras. Pueden ser de significado vasto y amplio. Así como también pueden no ser resueltos, y sin embargo, interpretarse. Además, pueden ser dinámicos y poner o mantener las ideas en movimiento.

Ejemplos:

-La selva simboliza el caos, el laberinto.

-Macondo simboliza un lugar geográfico y es a la vez el ámbito primitivo de una familia y de un clan.

-La casa de los Buendía puede interpretarse como centro y espacio sagrado comunitario, donde un ser sobrenatural puede regresar sucesivamente de la muerte a la vida.

-Los poderes sobrenaturales que tienen los gitanos.

-Pilar Ternera ve el porvenir de los otros en las barajas.

-La proliferación sobrenatural de los animales que provoca Petra Cotes.

-Aureliano Buendía y sus aptitudes adivinatorias.

Lo mítico legendario, abarca los hechos imaginarios que proceden de una realidad histórica (Mitos y leyendas locales).

-El judío errante en las calles de Macondo.

-El fantasma de la nave corsaria que José Arcadio divisa en el Mar Caribe.

Lo milagroso, comprende todos los hechos extraordinarios que se relacionan con la fe religiosa.

-La levitación.

-La ascensión en cuerpo y alma de Remedios.

-El diluvio.

-Las resurrecciones de varios personajes.

Lo fantástico, abarca todos los hechos imaginarios que nacen de la estricta invención y que no son producto ni de arte, ni de la divinidad, ni de la tradición literaria, son un producto gratuito de la imaginación humana, estimulan la sensibilidad del lector y a veces son de carácter risueño:

-El niño que nace con cola de cerdo.

-Objetos domésticos que se mueven solos.

-La peste del insomnio y la del olvido.

-Sueños en que se ven las imágenes de sueños de otros hombres.

-Huesos humanos que cloquean como gallinas.

-Un huracán que arranca de raíces a un pueblo.

-Un niño que llora en el vientre de la madre y otros.

Los acontecimientos en la obra se dan en un tiempo enormemente dilatado, en el cual no importa el suceder. El punto de vista temporal se da, en cada caso, según la relación entre los tiempos verbales usados por el narrador y la ubicación temporal de lo narrado. Esta relación admite varias combinaciones cronológicas, de modo que, la realidad ficticia no coincide nunca con la realidad real. El narrador omnisciente se halla en un tiempo desde el cual abarca todos los sucesos, tiene simultáneamente una visión y un conocimiento total de todo el acontecer en la novela. el tiempo de lo narrado, es pues, un tiempo cerrado sobre sí mismo, de principio a fin. Presente, pasado y futuro equisdistan del narrador, el tiempo en Macondo es completamente circular. No obstante, el final de la novela, cuando Aureliano descifra toda la historia de Macondo, los tiempos futuro y pasado se funden en un solo plano y descubrimos, como un prodigio, que la obra concibe un tiempo infinito.

Los elementos que sugieren la circularidad del tiempo son:

-En el primer capítulo se narra un hecho como pasado el cual es de proyección futura dentro del relato.

-Un suceso posterior siguiendo la línea argumental es la visita a la carpa de los gitanos, para ver el hielo.

-Las idas y venidas de Melquíades a Macondo.

-La historia de Meme y Mauricio Babilonia.

-El diluvio.

-La muerte de Úrsula y otros.

-El destino final de Macondo está escrito desde su origen. (CONTINUARÁ)

Gabriel García Márquez, el colombiano universal